



El misterio  
de Gramercy Park



MISTERIOS DE ÉPOCA





# El misterio de Gramercy Park

ANNA KATHARINE GREEN



d'Época  
editorial

Título original: *That Affair Next Door*

Primera edición en dÉpoca: Octubre de 2014

*El misterio de Gramercy Park*

© Editorial dÉpoca, 2014

Otura, 4 - 33161 Morcín ASTURIAS

© Traducción: Rosa Sahuquillo Moreno y Susanna González

© Introducción: Carmen Forján García

Ilustraciones originales de L. Malteste

[www.depoca.es](http://www.depoca.es)

[info@depoca.es](mailto:info@depoca.es)

Dirección y coordinación editorial:

Susanna González y Bernardo García-Rovés

ISBN: 978-84-938972-9-1

Depósito Legal: AS 3219-2014

BIC: FC

Impresión y encuadernación: Gráficas Summa

Polígono Industrial Silvota

C/ Peña Salón, 45

33192 Llanera - ASTURIAS

Impreso en España

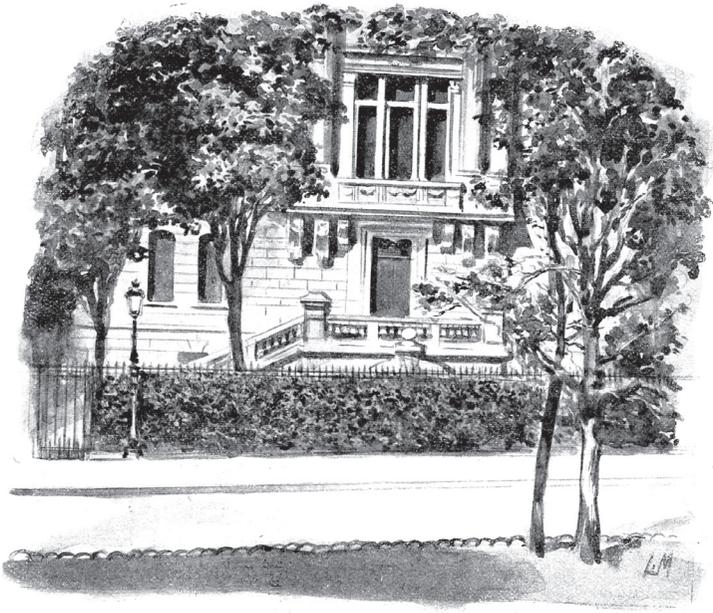
Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.





LIBRO PRIMERO  
LA VENTANA DE LA SEÑORITA BUTTERWORTH

I  
UN DESCUBRIMIENTO



**N**o soy una mujer curiosa, pero cuando en mitad de una calurosa noche de septiembre oí maniobrar un coche de punto en la casa de al lado, y detenerse, no pude resistir la tentación de saltar de la cama y echar un vistazo a través de las cortinas de mi ventana.

En primer lugar porque la casa estaba vacía, o eso se suponía, pues la familia que la habitaba aún permanecía —tenía todas las razones para creerlo— en Europa. Y en segundo lugar, porque, al no ser curiosa, a menudo me pierdo aquello que sería realmente interesante y provechoso para mí conocer de la vida.

Por suerte, no cometí tal error aquella noche. Me levanté y miré hacia la calle, y aunque estaba lejos de suponer lo que

ocurriría después, di, de este modo, el primer paso en el curso de la investigación que ahora concluye.

Pero es demasiado pronto para hablar del desenlace final. Antes déjenme explicarles lo que vi al apartar las cortinas de mi ventana en Gramercy Park, en la noche del 17 de septiembre de 1895.

Lo cierto es que no mucho, a primera vista; tan sólo un vulgar coche de alquiler aparcado junto al bordillo de piedra de la casa vecina. La farola que se supone debía iluminar nuestra parte de la manzana está a algunas varas\* de distancia, en el lado opuesto de la calle, de modo que no pude distinguir con claridad al joven y la dama que permanecían parados bajo mi ventana, en la acera. Pude ver, no obstante, que la mujer —y no el hombre—, depositaba un dinero en la mano del cochero. Un instante después estaban en la escalinata de entrada de la casa largo tiempo cerrada, mientras el cochero se alejaba.

Estaba oscuro, como ya he dicho, y no pude reconocer a los jóvenes —al menos sus figuras no me fueron familiares—; pero cuando, al momento siguiente, escuché el chasquido de una llave en el cerrojo nocturno y los vi —después de unos tanteos bastante tediosos en la cerradura— desaparecer del porche, di por sentado que el caballero era Franklin, el hijo mayor del señor Van Burnam, y la dama, algún pariente de la familia; sin embargo, el motivo por el cual su miembro más puntilloso llevaba a una invitada a una hora tan tardía a una casa desprovista de todo lo necesario para acoger cómodamente a la menos exigente de las visitas, era para mí un misterio que me retiré a meditar en la cama.

No tuve éxito, sin embargo, en la resolución del enigma, y al cabo de diez minutos, cuando me aletargaba bajo la influencia del sueño, me desperté de nuevo con un repentino sonido que provenía de la casa vecina. La puerta que acababa de oír cerrarse, se abrió de nuevo, y aunque tuve que apresurarme, llegué a la ventana justo a tiempo de ver la figura del

---

\* En el original *rod*: medida de longitud equivalente a 5,5 yardas o 5,0292 metros.

joven alejarse corriendo en dirección a Broadway. La joven no estaba con él, y cuando me di cuenta de que la había dejado en la gran casa vacía, aparentemente sin luz y, ciertamente, sin compañía alguna, comencé a cuestionarme si sería esa la forma de actuar de Franklin Van Burnam. ¿No era más acorde con el carácter más alocado y menos responsable de su hermano Howard, que algunos años atrás se había casado con una joven de pasado cuestionable, y según tenía entendido, había sido excluido de la familia a causa de su matrimonio?

Cualquiera que fuese, en verdad había demostrado muy poca consideración por su acompañante; y pensando de este modo, me quedé dormida justo cuando el reloj daba las doce y media de la noche.

A la mañana siguiente, tan pronto como mi natural modestia me permitió acercarme a la ventana, examiné la casa vecina minuciosamente. Ninguna celosía estaba abierta, ninguna contraventana desplazada. Como suelo levantarme temprano, esta circunstancia no me preocupó de momento, pero cuando después del desayuno observé de nuevo y no detecté evidencia alguna de vida en la amplia y desierta fachada contigua, comencé a sentirme inquieta. No hice nada, no obstante, hasta el mediodía, cuando me adentré en mi jardín trasero y observé que las ventanas traseras de la casa Van Burnam permanecían tan herméticamente cerradas como las delanteras; en ese instante me sentí tan ansiosa que detuve al primer policía que vi pasar, y le transmití mis sospechas, instándole a que tocara la campanilla.

No hubo respuesta.

—No hay nadie —dijo él.

—Toque de nuevo —imploré.

Y tocó la campana de nuevo, aunque sin mejor resultado.

—¿No ve que la casa está cerrada? —refunfuñó—. Hemos recibido orden de vigilar el lugar durante la ausencia de sus ocupantes, pero ninguna para suspender la vigilancia.

—Hay una mujer en la casa —insistí—. Cuanto más pienso en lo ocurrido la noche pasada, más convencida estoy de que el asunto debe ser investigado.

El policía se encogió de hombros y se disponía a marcharse cuando vimos a una vulgar mujer que se detenía frente a la casa mirándonos. Llevaba un bulto en la mano, y su rostro, con un tono rojizo más intenso de lo que era natural, tenía una expresión de sorpresa tanto más notable aún por el hecho de tratarse de uno de esos rostros que parecía de madera y que en circunstancias normales son incapaces de expresión alguna. Esta mujer no era una desconocida para mí; sin lugar a dudas ya la había visto antes dentro o en los alrededores de la casa que en ese momento nos ocupaba; y sin detenerme a poner freno a mis emociones, bajé apresuradamente a la acera y la abordé.

—¿Quién es usted? —le pregunté—. ¿Trabaja para los Van Burnam? ¿Sabe quién era la dama que vino aquí anoche?

La pobre mujer, ya sea sorprendida por mi interpelación repentina, o por mi tono de voz tal vez un poco brusco, dio un rápido salto hacia atrás, y sólo se sintió disuadida de intentar escapar por la presencia del policía. Así las cosas, se mantuvo firme, aunque el intenso rubor que daba a su rostro un aspecto tan notable se incrementó, y sus mejillas y su frente se volvieron absolutamente escarlatas.

—Soy la mujer de la limpieza —aseveró—. He venido a abrir las ventanas y ventilar la casa —haciendo caso omiso a mi segunda pregunta.

—¿Vuelve a casa la familia? —preguntó el policía.

—No lo sé; creo que sí —fue su débil respuesta.

—¿Tiene usted las llaves? —pregunté viéndola buscar a tientas en su bolsillo.

No contestó; una mirada maliciosa substituyó al aire ansioso que había exhibido hasta ese momento y se dio la vuelta.

—No veo que este asunto incumba a los vecinos —masculló lanzándome una desagradable mirada por encima del hombro.

—Si tiene las llaves, entraremos a comprobar que todo está en orden —dijo el policía, deteniéndola con un ligero toque.

Ella comenzó a temblar y al verla sentí crecer mi emoción. Si había algo extraño en la mansión Van Burnam iba a asistir a

su descubrimiento; pero sus siguientes palabras truncaron mis esperanzas.

—No tengo nada que objetar a que *usted* entre —le dijo al policía—, pero no le daré mis llaves a esa mujer. ¿Con qué derecho iba a entrar con nosotros en la casa?

Y me pareció oírla murmurar algo sobre una solterona entrometida.

La mirada que me dirigió el policía me convenció de que mis oídos no me habían engañado.

—La señora tiene razón —dijo él.

Y apartándome muy irrespetuosamente, se abrió camino hacia la puerta del sótano, por la que desapareció junto a la criada.

Esperé enfrente; sentí que era mi deber hacerlo. Varios transeúntes se detuvieron un instante para mirarme antes de continuar su camino, pero no me moví de mi puesto. No me parecía justificado regresar a mi casa y mis propios asuntos hasta que supiera que la joven dama que había visto entrar por la puerta en la medianoche se encontraba bien, y que su retraso en la apertura de las ventanas se debía por entero a esa pereza tan de moda en el mundo. Pero requerí de toda mi paciencia y algo de coraje para permanecer allí sin inmutarme. Transcurrieron varios minutos antes de percibir que se abrían las contraventanas del tercer piso, y un tiempo mayor aún hasta que se abrió una ventana del segundo piso y el policía se asomó, sólo para encontrarse con mi inquisitiva mirada y desaparecer de nuevo inmediatamente.

Entretanto, tres o cuatro personas se habían detenido en la acera cerca de mí, y comprendiendo que era sólo el núcleo de una multitud que no tardaría en concentrarse, comencé a vislumbrar que pagaría cara mi noble resolución, cuando la puerta se abrió violentamente y divisamos el rostro aterrorizado de la criada que temblaba de pies a cabeza.

—Está muerta —gritó—. ¡Está muerta! ¡Al asesino!

Y habría seguido repitiéndolo si el policía no la hubiera empujado hacia atrás, al tiempo que lanzaba un gruñido que parecía una maldición ahogada.



Pretendía cerrar la puerta ante mí, pero fui más rápida que el rayo; sea como fuere, me encontré en el interior de la casa antes de que la cerrara de golpe, y fue muy afortunado, pues justo en ese momento la criada de la casa —que había palidecido por momentos—, se desplomó cuan larga era en el suelo del vestíbulo. El policía, que no era uno de esos hombres que uno quisiera tener cerca ante cualquier circunstancia de crisis, parecía sentirse azorado ante tal coyuntura, y se limitó a mirar cómo alzaba y arrastraba a la pobre señora lejos del vestíbulo.

La mujer se había desmayado y debía hacer algo por ella; pero, aunque ansiosa por ser útil allá donde se pudiera necesitar mi ayuda, apenas había alcanzado la puerta de la sala con mi carga cuando tuve una visión tan aterradora que involuntariamente dejé a la pobre mujer resbalar de mis brazos al suelo.

En la penumbra de un oscuro rincón, pues la sala no estaba iluminada salvo por la poca luz que llegaba desde la puerta donde me encontraba, se entreveía la figura de una mujer bajo un mueble caído. Sólo su falda y sus brazos distendidos eran visibles, pero nadie que advirtiera la rigidez de sus miembros hubiera podido dudar ni un instante que la mujer estaba muerta.

Ante tal aterrador espectáculo, y a pesar de todas mis sospechas, tan inesperado, sentí tal sensación de malestar que en cualquier otra situación habría supuesto también mi desfallecimiento de no haber tenido en cuenta que no debía perder mi ingenio en presencia de un hombre que no gozaba de ninguno en absoluto. Así pues, hice un esfuerzo por desterrar mi momentánea debilidad y dirigiéndome al policía, que vacilaba entre la figura inconsciente de la criada en la puerta y el cadáver del interior de la sala, exclamé con fuerza:

—¡Vamos, hombre, manos a la obra! La mujer de ahí dentro está muerta, pero ésta está viva. Tráigame un jarro de agua de la cocina, si puede, y luego vaya a buscar la ayuda que necesite. Yo esperaré aquí a que vuelva en sí; es fuerte y no tardará.

—Se quedará sola con esa... —comenzó.

Pero le detuve con un gesto de desdén.

—Por supuesto que me quedaré. ¿Por qué no? ¿Hay algo que temer de los muertos? Sálveme usted de los vivos, y me comprometo a salvarme yo misma de los muertos.

El rostro del agente adoptó una expresión sospechosa.

—Vaya usted a por el agua —exclamó—, y de paso grite por la ventana que llamen a la Jefatura de Policía y hagan venir al juez instructor y un detective. No abandonaré esta sala hasta que llegue alguno de ellos.

Sonriendo ante una precaución tan exagerada, pero conforme a mi regla invariable de no discutir con un hombre a menos que tenga alguna posibilidad de vencerle, hice lo que me ordenaba, pero detesté terriblemente abandonar la sala y su infortunado misterio, aunque fuera por un tiempo tan corto como el requerido.

—Suba a la segunda planta —gritó, mientras yo pasaba sobre el cuerpo tendido de la criada—. Pídales lo que necesite desde la ventana, o entrará toda esa gente de la calle.

Así es que subí con agilidad las escaleras —siempre había querido visitar la casa, pero nunca me habían invitado a hacerlo las señoritas Van Burnam— y dirigiéndome hacia la habitación de la parte delantera cuya puerta permanecía abierta, me precipité a la ventana e hice señales a la multitud que había crecido hasta el punto de invadir la calzada.

—¡Un policía! —grité—. ¡Un oficial de policía! Ha ocurrido un accidente y el agente encargado reclama un juez y un detective de policía.

—¿Quién está herido? ¿Es un hombre? ¿Una mujer? —gritaron uno o dos.

—¡Déjenos entrar! —gritaron los demás.

La visión de un niño corriendo al encuentro de un policía me dejó satisfecha pues entendí que la ayuda estaba próxima a llegar, de modo que comencé a mirar a mi alrededor para satisfacer la siguiente necesidad: el agua.

Me encontraba en la alcoba de una dama, probablemente la de la mayor de las señoritas Van Burnam; pero se trataba de una alcoba que no había sido ocupada en los últimos meses y naturalmente carecía de los objetos que me habrían sido de utilidad en la presente situación de emergencia. No había ni un solo frasco de *agua de colonia* en el tocador, ni restos de sales en la repisa de la chimenea. No obstante, había agua en las tuberías (algo de lo que apenas tenía esperanzas) y una taza grande en el lavabo; así es que llené la taza y corrí apresuradamente hacia la puerta. Al hacerlo, tropecé con un objeto pequeño que reconocí como la almohadilla redonda de un alfilerero. Lo recogí, pues odio cualquier muestra de desorden, lo coloqué en una mesita cercana, y continué mi camino.

La criada permanecía tendida al pie de las escaleras. Le arrojé el agua en la cara e inmediatamente recobró el conocimiento.



Al erguirse parecía a punto de abrir la boca pero se contuvo, hecho este que me pareció extraño, aunque tuve la precaución de que mi sorpresa no fuera evidente.

Entretanto eché un vistazo al salón. El agente permanecía de pie donde lo había dejado, mirando hacia el cadáver prostrado ante él. No había signo alguno de emoción en su serio semblante, ni había abierto ninguna contraventana, ni, hasta donde alcanzaba a ver, había trastocado ningún objeto de la sala.

Muy a mi pesar, la naturaleza misteriosa de todo aquel asunto me fascinó, y dejando a la mujer ya totalmente consciente en el vestíbulo, me encontraba ya en mitad de la sala cuando me detuvo un agudo chillido:

—¡No me deje! ¡Nunca he visto nada tan terrible! ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla! ¿Por qué no le quitan esas cosas tan terribles de encima de su cuerpo?

No se refería sólo a la pieza del mobiliario que había caído sobre la mujer, y que podía describirse como un aparador con compartimentos en la parte inferior y estantes en la superior, sino también a las diversas *baratijas* que habían caído de las estanterías y se esparcían en mil pedazos sobre ella.

—Lo hará; se hará muy pronto —respondí—. Está esperando a alguien con más autoridad, como el juez de instrucción; usted ya me entiende.

—¡Pero si aún estuviera viva!... Esas cosas la aplastarán. Quitémoslas, yo la ayudaré; no estoy tan débil para echar una mano.

—¿La conoce? —pregunté, pues su voz parecía revelar más emoción de la que pensaba natural en tales circunstancias, aún tan terribles como eran.

—¿Yo? —repitió ella, con sus débiles párpados temblorosos mientras trataba de sostener mi mirada—. ¿Cómo voy a saberlo? Vine con el agente y nunca he estado más cerca de lo que estoy ahora. ¿Qué le hace pensar que sé algo sobre ella? Yo no soy más que una criada y ni siquiera conozco los nombres de toda la familia.

—Me pareció que estaba muy ansiosa —expliqué, recelosa de su desconfianza, pues tenía un carácter tan astuto y enfático que cambiaba su compostura por completo del temor a la astucia en un instante.

—¿Y quién no se sentiría así, al ver a esa pobre chica aplastada bajo un montón de *platos rotos*?

—¡Platos!, ¡esos jarrones japoneses que valen centenares de dólares!; ¡ese reloj de oro y esas figuras sajonas que sin duda tienen más de un par de siglos de antigüedad!

—Es poco responsable mantener a un hombre de pie y mudo mirando fijamente de esa forma, cuando con sólo levantar su mano podría mostrarnos su cara bonita y si está viva o muerta.

Como este estallido de indignación fue lo suficientemente natural y no del todo fuera de lugar desde el punto de vista humanitario, le hice a la mujer un gesto de aprobación, y deseé ser un hombre para poder levantar yo misma el pesado aparador o lo que fuera que permanecía tendido sobre la pobre criatura ante nuestros ojos. Pero al no ser un hombre, y no juzgando aconsejable irritar al único representante de ese sexo presente, no hice comentario alguno, y di algunos pasos más allá de la habitación, seguida, como después pude comprobar, por la mujer.

Los salones de la mansión Van Burnam están separados unos de otros por un amplio arco. A la derecha de ese arco y en la esquina opuesta a la puerta, es donde yacía la mujer muerta. Ahora que mis ojos comenzaban a acomodarse a la penumbra que nos envolvía, miré a mi alrededor y me di cuenta de dos o tres hechos que se habían escapado previamente a mi atención.

En primer lugar, la mujer muerta yacía sobre la espalda con sus pies apuntando hacia la puerta del vestíbulo; y, en segundo lugar, en ninguna parte de la sala, salvo en la proximidad del cuerpo, se veían signos de lucha o desorden. Cada cosa estaba en su lugar y todo tenía tal apariencia de orden como el que pueda reinar en mi propio salón cuando no acaba de ser puesto patas arriba por las visitas; y, aunque no podía distinguir cla-

ramente los objetos de las habitaciones contiguas, estaban en apariencia igualmente ordenadas.

Mientras yo hacía tales observaciones, la criada estaba tratando de enderezar el aparador volcado.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita! Ella debió hacerlo caer sobre sí misma. Pero, ¿cómo entró en la vivienda? ¿Y qué estaba haciendo en esta gran casa vacía?

El policía, a quien, evidentemente iban dirigidas estas observaciones, gruñó alguna respuesta ininteligible, y en su perplejidad la mujer se volvió hacia mí.

Pero, ¿qué podía decirle yo? Tenía mi propia opinión sobre el asunto, pero no era alguien en quien confiar, de modo que estoicamente negué con la cabeza. Doblemente decepcionada, la pobre mujer se echó hacia atrás después de mirar primero al policía y luego a mí de una forma extraña, inquisitiva, difícil de entender. Luego su mirada se posó de nuevo sobre la chica muerta a sus pies, y encontrándose ahora más cerca que antes, vio, evidentemente, algo que la sobresaltó, pues cayó de rodillas ahogando un grito y comenzó a examinar las faldas de la muchacha.

—¿Qué está mirando ahí? —gruñó el policía—. ¡Levántese! ¡Nadie a excepción del juez de instrucción tiene derecho a tocar nada aquí!

—No hago nada malo —protestó la mujer con voz extraña y entrecortada—. Sólo quería ver cómo va vestida la pobre. Es un vestido azul lo que lleva, ¿no es cierto? —preguntó dirigiéndose a mí.

—Sarga azul —contesté— y confeccionado en tienda, pero de muy buena calidad; seguramente de *Altman* o *Stern*.

—Yo no estoy acostumbrada a visiones como ésta —balbuceó la criada levantándose torpemente. Parecía haber perdido la poca presencia de espíritu que había demostrado hasta entonces.

—Creo que tendré que irme a casa —dijo, pero no se movió—. La pobre chica es muy joven..., ¿no es cierto? —sugirió, recuperando pronto su tono de voz que daba a la pregunta un cierto aire de duda y vacilación.

—Creo que es más joven que usted o yo —me digné a contestar—. Sus zapatos de punta fina demuestran que no había alcanzado aún la edad de la discreción.

—Sí, sí, así es —exclamó la mujer de la limpieza, ansiosamente; demasiado ansiosamente para su perfecta «ingenuidad»—. Por eso es que dije ¡pobrecilla!, y me referí a su cara bonita. Siento mucha lástima por los jóvenes cuando se enredan en problemas, ¿usted no? Nosotras, por ejemplo, podríamos yacer tendidas ahí y a nadie le importaría demasiado; pero una dulce dama como esa...

Esta observación no fue demasiado elogiosa para mí, e iba a reprenderla por ello cuando un prolongado clamor se elevó en la calle. Al momento se escuchó ante la puerta un gran ajetreteo, seguido por el agudo repiqueteo de la campanilla.

—El detective —anunció impasible el agente—. Abra la puerta, señora, o regrese a la sala si prefiere que yo lo haga.

Tal grosería estaba fuera de lugar, pero considerándome un testigo demasiado importante para mostrar mis sentimientos, me tragué mi indignación y me dirigí con mi natural dignidad hacia la puerta principal.

## II ALGUNAS CUESTIONES

**P**ude distinguir el fervoroso clamor de la multitud reclamando la entrada en la casa al notar que se abría la puerta; pero mi atención no se dejó distraer por ese hecho —por ruidosos que me parecieran los murmullos en contraste con la quietud que se respiraba en la casa cerrada—; me di perfecta cuenta de que la puerta no había sido cerrada con llave cuando el caballero había salido la noche anterior; y en consecuencia, sólo el pestillo estaba echado. Con un giro de la manilla se abrió, y pude ver una turba de chicos y las figuras de dos caballeros esperando en el umbral de la puerta. Miré a la multitud con el ceño fruncido, y sonreí a los caballeros, uno de los cuales era corpulento y de aspecto tranquilo; el otro en cambio mostraba un toque de severidad en su rostro. Pero, por alguna razón, tales caballeros no apreciaron la cortesía que les había demostrado, pues ambos me lanzaron una mirada de disgusto que me fue tan extraña y poco comprensible que me molestó un poco, aunque pronto recuperé mi habitual compostura.

¿Tal vez se percataron a primera vista de que sería una *pie-dra en el zapato* de cada uno de los que se hicieran cargo del asunto en el futuro?

—¿Es usted la mujer que gritaba por la ventana? —preguntó el mayor de los dos, cuya ocupación no pude determinar en un principio.

—Sí, soy yo —respondí con una calma imperturbable—. Vivo en la casa de al lado, y mi presencia aquí se debe al ansioso interés que me tomo siempre en mis vecinos. Tenía motivos para creer que algo extraño había sucedido en la casa, y no me equivoqué. Echen un vistazo al salón, caballeros.

Ya estaban en el umbral de la sala y no fue necesario reiterar la invitación. El hombre mayor entró primero, y el otro



le siguió, y puede estar seguro, lector, de que yo no les iba demasiado a la zaga. El espectáculo, como ya es sabido, era horrible, pero estos hombres sin duda estaban acostumbrados a visiones terribles, pues apenas mostraron emoción alguna.

—Pensé que la casa estaba vacía —observó el segundo caballero, que era, obviamente, médico.

—Así era, en efecto, hasta anoche —comencé.

Y estaba a punto de contar mi historia cuando sentí que mis faldas eran sacudidas con fuerza. Al volverme me encontré con que esta advertencia provenía de la criada que estaba cerca de mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sin entender lo que quería decirme y sin tener nada que ocultar.

—¿A mí? —vaciló, asustada—. Nada, señora, nada.

—Pues entonces no me interrumpa —la amonesté con dureza, molesta por la interferencia que tendía a arrojar sospechas sobre mi franqueza.

—Esta mujer vino aquí para fregar y limpiar —expliqué, entonces—. La llave que traía nos facultaba para entrar en la casa. Nunca había hablado con ella hasta hace media hora.

Con un despliegue de sutileza que difícilmente podía esperarse de una persona de su clase, dejó que sus emociones tomaran una nueva dirección, y señalando a la mujer muerta, gritó impetuosamente:

—Pero esa pobrecilla..., ¿no van a quitarle esas cosas de encima? Es un pecado dejarla bajo todas esas cosas. ¡Supongamos que aún estuviera viva!

—¡Oh!, no hay esperanza alguna de eso —murmuró el doctor, levantando una de las manos y dejándola caer de nuevo—. Aun así... —echó una mirada de reojo a su compañero, que le contestó con un significativo guiño— podría ser suficiente con levantar el aparador lo bastante para que ponga una mano sobre su corazón.

Lo hicieron de ese modo, y el doctor, inclinándose, puso una mano sobre el pobre pecho magullado.

—No hay signos de vida —murmuró—. Lleva muerta algunas horas. ¿Cree que debemos, mejor, liberar la cabeza? —continuó, levantando la mirada hacia el hombre mayor que se encontraba a su lado.

Pero este último, que rápidamente se puso serio, hizo una ligera protesta con el dedo, y volviéndose hacia mí, me preguntó con repentina autoridad:

—¿Qué quiso decir cuando mencionó que la casa había permanecido vacía hasta anoche?

—Simplemente lo que dije, señor. Estuvo vacía hasta cerca de la medianoche, cuando dos personas...

De nuevo sentí un tirón en mi vestido, aunque esta vez de un modo muy cauteloso. ¿Qué podía querer aquella mujer? Sin atreverme a mirarla, pues estos caballeros estaban más que preparados para detectar algo extraño en todo cuanto dijera,

retiré amablemente mi falda y di un paso a un lado, continuando como si no se hubiera producido ninguna interrupción.

—¿Dije personas? Debería haber dicho que un hombre y una mujer llegaron en un coche de punto a la casa y entraron. Los vi desde mi ventana.

—¿En serio? —murmuró mi interlocutor, que resolví, llegados a este punto, que sería detective—. Y ésta es la mujer, ¿no? —prosiguió, señalando a la pobre criatura tendida ante nosotros.

—Sí, por supuesto. ¿Quién más podría ser? No vi el rostro de la mujer anoche, pero era joven y ligera como un pájaro, y subió alegremente corriendo por la escalera.

—¿Y el hombre? ¿Dónde está el hombre? No lo veo por aquí.

—No me sorprende en absoluto. Salió poco después de su llegada; no más de diez minutos más tarde, debo decir. Eso fue precisamente lo que me alarmó, y provocó que quisiera investigar la casa. No me pareció natural que cualquiera de los Van Burnam dejaran a una mujer pasar la noche a solas en una casa tan grande.

—¿Conoce usted a los Van Burnam?

—No íntimamente, pero eso no significa nada. Sé lo que se dice de ellos; son unos caballeros.

—Pero el señor Van Burnam está en Europa.

—Tiene dos hijos.

—¿Viven aquí?

—No, el soltero vive en Long Branch, y el otro con su esposa en algún lugar de Connecticut.

—¿Y cómo pudo entrar la joven pareja anoche? ¿Había alguien aquí para abrirles la puerta?

—No, el caballero tenía llave.

—¡Ah!, tenía llave.

El tono con el que pronunció estas palabras lo recordé más tarde, pero por el momento estaba más impresionada por un peculiar sonido que escuché a mi espalda; era algo entre un suspiro y un gemido que provenía de la criada, y que, por ex-

traño y contradictorio que pueda resultar, me pareció que expresaba cierta satisfacción; no obstante, el motivo por el cual mi confesión podía haberle provocado dicha satisfacción a esa pobre mujer, es algo que no pude deducir. Desplazándome, a fin de poder estudiar su rostro, continué con el frío autocontrol que constituye el tono natural de mi carácter:

—Y cuando salió, se alejó rápidamente. El carruaje no le estaba esperando.

—¡Ah! —murmuró el caballero de nuevo, al tiempo que recogía uno de los fragmentos de porcelana que cubrían el suelo por doquier; entretanto yo estudiaba cuidadosamente la cara de la criada que, para mi asombro, daba muestras de una mezcla de emociones del todo incomprensibles para mí.

El señor Gryce —más tarde supe su nombre— también pareció percibir estas evidencias, pues de inmediato se dirigió a ella, aunque seguía con la mirada fija en la pieza rota de porcelana que tenía en la mano.

—¿Y cómo es que vino a limpiar? —preguntó—. ¿Es que la familia vuelve a casa?

—Sí, señor —respondió ella, ocultando su emoción con gran habilidad en cuanto advirtió que la atención se desviaba hacia ella, y hablando con una volubilidad repentina que nos hizo mirarla fijamente.

—Se les espera en cualquier momento. Yo no lo supe hasta ayer..., ¿fue ayer? No, el día anterior, cuando el joven señor Franklin —el hijo mayor, señor, y un hombre muy amable, muy amable—, me avisó por carta de que viniera a preparar la casa. No es la primera vez que lo hago, señor, y tan pronto como pude conseguir la llave del sótano del apoderado, vine aquí, y trabajé todo el día de ayer fregando los suelos y limpiando el polvo. Hubiera vuelto esta mañana temprano si mi marido no se hubiera puesto enfermo, pero tuve que ir al dispensario a por su medicina, y ya era mediodía cuando llegué aquí y me encontré con esta señora esperando fuera con un agente de policía; una dama muy amable, muy amable ciertamente, señor, soy su sierva (y ella se rebajó a hacerme una

reverencia, como una campesina en una obra de teatro)... y después tomaron mi llave, el policía abrió la puerta, entramos en todas las habitaciones, y cuando llegamos a ésta...

Estaba tan excitada que apenas era inteligible lo que decía. Interrumpiéndose de golpe, se tocó nerviosamente el delantal, mientras yo me preguntaba cómo era posible que hubiera trabajado todo el día anterior en la casa sin que yo tuviera conocimiento de ello.

Repentinamente recordé que había estado indispuesta por la mañana y ocupada por la tarde en el asilo de huérfanos, y algo aliviada al encontrar tan excelente excusa para mi desconocimiento, levanté la vista para ver si el detective había notado alguna cosa extraña en el comportamiento de la mujer. Es de suponer que así era, pero teniendo más experiencia que yo respecto a la susceptibilidad de las personas ignorantes en presencia de peligro o angustia, le concedió menos importancia que yo, cosa que me hizo sentir secretamente contenta sin saber exactamente las razones para ello.

—Se la citará como testigo ante el jurado del juez instructor —le dijo a la mujer, mientras parecía hablarle a la pieza de porcelana a la que daba vueltas en la mano—. ¡Bueno, nada de tonterías! —protestó, cuando ella comenzó a temblar e implorar—. Usted fue la primera en ver el cadáver y debe estar disponible para ratificarlo. Como no puedo decir cuándo se llevará a cabo la investigación, haría bien en quedarse por los alrededores hasta que venga el forense, que llegará enseguida..., usted y la otra mujer también.

Con las palabras «la otra mujer» se refería a *mí*, la señorita Butterworth, descendiente de los primeros colonos ingleses, que ocuparon una posición considerable en la sociedad. Pero, aunque no me entusiasmara verme asociada a esa mujer de la limpieza, tuve mucho cuidado de no mostrar desagrado, pues razoné que, como testigos, éramos iguales ante la ley, y era solamente desde ese punto de vista desde el que se nos consideraba.

Hubo algo en las formas de esos caballeros que me convenció de que, aunque se requería mi presencia en la casa, no

era especialmente apreciada en ese cuarto. Fue por ese motivo por el que muy a regañadientes me disponía a marcharme cuando sentí un toque leve pero perentorio en el brazo, y al volverme, vi al detective a mi lado, estudiando aún la pieza de porcelana.

Era, como ya he dicho, de complexión corpulenta y de aspecto bonachón; un hombre de aspecto paternal, y en absoluto el tipo de persona que era probable asociar con la policía. No obstante, tomaba la iniciativa de forma muy natural, y cuando me habló, me sentí obligada a contestarle.

—¿Sería usted tan amable, señora, de referirme de nuevo lo que vio por la ventana la noche pasada? Es probable que yo sea el encargado de desentrañar este asunto, y estaría encantado de escuchar todo lo que tenga que decirme al respecto.

—Me apellido Butterworth —insinué cortésmente.

—Y yo Gryce.

—¿Detective?

—Usted lo ha dicho.

—Debe pensar que el asunto es muy serio —me aventuré.

—Una muerte violenta es siempre un asunto muy serio.

—Debe considerar que la muerte no ha sido accidental, quiero decir.

Su sonrisa parecía decir: «Usted no sabrá hoy cómo la considero».

«Usted tampoco sabrá hoy lo que yo pienso», fue mi réplica interior, pero no dije nada en voz alta pues el caballero tenía al menos setenta y cinco años y es sabido que se me ha enseñado respeto por las personas de edad, virtud que he practicado durante cincuenta años y más...

Sin querer debí evidenciar lo que pasaba por mi mente, y el caballero debió verlo reflejado en la superficie pulida de la porcelana que contemplaba, pues sus labios dibujaron la sombra de una sonrisa lo bastante sarcástica a mis ojos para atestiguar que estaba muy distante del amable carácter que indicaba su rostro.

—¡Vamos, vamos! —dijo él—, en breve llegará el juez de instrucción. Cuénteme esa historia como la mujer franca y honesta que parece ser.

—No me gustan los cumplidos —respondí secamente—; ciertamente, siempre me han sido desagradables. Como si hubiera algún mérito en ser franco u honesto, o cualquier otra distinción. Soy la señorita Butterworth y no estoy acostumbrada a que me hablen como si fuera una simple campesina —objeté—. Pero voy a repetirle lo que vi anoche, pues no es ningún secreto y su relato no puede perjudicarme, y tal vez sea, no obstante, de utilidad para usted.

Repetí, pues, la narración completa de mi historia, y fui más locuaz de lo que tenía intención de ser en un principio, pues sus maneras eran sugerentes y sus métodos de averiguación pertinentes. Sin embargo, hubo un tema que ambos olvidamos abordar; a saber, la peculiar actitud de la mujer de la limpieza. Tal vez él no había percibido tal peculiaridad y quizá en todo caso no debería haber llamado mi atención, pero el silencio que guardó sobre el tema me hizo sentir que había adquirido cierta ventaja sobre él, que podía tener consecuencias de no poca importancia. ¿Me hubiera sentido tan congratulada de mi superioridad si hubiera sabido que era él quien se había hecho cargo del caso Leavenworth?<sup>\*</sup> y que en sus primeros años había experimentado una maravillosa aventura en *The Staircase at The Heart's Delight*.<sup>\*\*</sup> Tal vez sí, pues a pesar de no haber vivido muchas aventuras me siento capacitada para experimentarlas, y en lo que respecta a la peculiar visión que había demostrado el señor Gryce en su larga y agitada carrera, es una cualidad que otros muchos pueden compartir, como es pero poder demostrar antes de concluir estas páginas.

---

<sup>\*</sup> Se refiere a otro caso del señor Gryce que se relata en la novela de A. K. Green, *El caso Leavenworth*, cuya resolución le hizo famoso.

<sup>\*\*</sup> *The Staircase at The Heart's Delight* es uno de los cuentos cortos de A. K. Green en los que interviene el detective Gryce.